

LA PRIORA EN LA COMUNIDAD

Sin fijarnos en los casos extremos, tres son las maneras más frecuentes de abordar el tema.

1. LA PERSPECTIVA FUNDAMENTALISTA

Se parte de los principios teológicos que deben regir la relación de la autoridad con la comunidad . A partir de ahí se crea una estructura en la que se hace "entrar" a las personas, cualquiera sea su historia y cultura. Este fundamentalismo suele ser de tipo autoritario, aunque no faltan casos de realización democrática. En este esquema de reflexión y trabajo, la sicología - social tiene un lugar muy secundario aunque pueda hallarse mucho en ellas. Todo está como predeterminado por unos principios. La persona, tanto de la autoridad como de los súbditos, han de entrar en el molde, previamente establecido. La diferencia y la búsqueda aparecen como amenazas latentes para la unidad y la eficacia.

2. LA PERSPECTIVA ANTROPOLÓGICA

El punto de partida es la sicología - social. Se analiza la relación ante la autoridad, comunidad desde presupuestos antropológicos. Luego de denunciar las patologías, se intenta construir un nuevo modelo, sin que falte la justificación bíblica, no dificulta encontrar. En esta forma de trabajar la persona parece estar en el centro de todo. El riesgo mayor consiste en que la comunidad quede reducida a un grupo sico - social, impregnado por el sentimiento religioso. La Palabra de Dios viene a justificar una hipótesis de trabajo, construida desde las ciencias humanas.

En estos modelos pueden darse diferentes acentos. Si se busca la eficacia del grupo, a la autoridad se le atribuye un gran poder de decisión; si el presupuesto es la participación, la autoridad se verá atribuido un rol de coordinación; si está por la revitalización, le dará un rol de animación.

¿Estamos ante una comunidad o ante un grupo? El grupo nace de unas voluntades que buscan organizarse en orden a establecer una respuesta ante necesidades comunes. La comunidad eclesial, tal como la hemos visto, nace de la iniciativa de Dios y de una respuesta personal y concurrente de los miembros. Es una comunidad basada en la "con-vocación". Antes que la

respuesta, la comunidad está como ligada por la llamada. En ese sentido la comunidad está más cerca de la familia, que del grupo. En la familia, previamente a mi decisión personal, he sido introducido en una parentela, cultura e historia. En la comunidad, la convocación realiza lo mismo.

3. LA DINÁMICA DE LA PALABRA

Ante todo hay que entrar en el "dinamismo" de la experiencia creyente, tal como se nos narra en la historia y se afirma a través de los principios. Este dinamismo nos llevará a descubrir cómo se edifica en la historia una comunidad que tiene su origen más allá de las voluntades humanas, aún cuando estas no cesen de actuar en la respuesta situada, cultural e histórica.

A partir de estos principios podrá buscarse un diálogo fecundo entre el dinamismo de la Palabra que crea la comunidad y la sensibilidad progresiva de una humanidad, haciendo la experiencia de ser convocada por Dios.

I. LA AUTORIDAD EN LA ECLESIOLOGIA "SACRAMENTAL"

El dinamismo sacramental atraviesa ante todo el ser y el hacer de la Iglesia y este dinamismo ha de expresarse también en la relación de la autoridad con la comunidad si no queremos falsear la auténtica relación.

1. DIOS ES EL ÚNICO PASTOR DE SU PUEBLO

El único Señor y Pastor de Israel es Yahvéh. El es quien da pastores a su pueblo. Pero su misión es siempre sacramental, es decir, el pueblo a través de su ministerio ha de sentirse como pastoreado por el mismo Yahvéh. El "pastor" no tiene autonomía y autoridad propias, sino que provienen de Dios. El ejercicio de la misión que le ha sido confiada no sería conforme si la mediación no fuera transparencia.

Puesto que Dios prolonga su amor y pastoreo a través de los pastores que da a su pueblo, estos han de vivir en una actitud de permanente comunión con el único Pastor, han de cuidar con sus mismos sentimientos las ovejas que le han sido confiadas.

El "Buen Pastor" ha representado eficazmente al "único Pastor", de tal manera que en él, Dios en persona guiaba y pastoreaba a su pueblo. Todo lo

que pensaba, decía o hacía, nacía en él de la comunión más perfecta con su Padre.

En nosotros según lo permite la fragilidad, también ha de aparecer esta comunión en la obediencia, de manera que podamos decir con verdad que viene de Dios cuanto hacemos en favor de los hombres.

Sería ingenuo pensar que todos van a reconocer en nosotros al "Pastor único de su pueblo". No aconteció así en la vida de Jesús "Buen pastor". El reconocimiento tan solo puede hacerse en la fe. Y esto plantea precisamente la cuestión de la sacramentalidad.

2. LA SACRAMENTALIDAD DE LA AUTORIDAD

Como en el caso de los pobres, la sacramentalidad personal de la autoridad no es inteligible y aceptable más que en la fe.

La sacramentalidad no está basada en las cualidades de la persona, sino en la libre disposición de Dios, tal como llegamos a conocer a través de las mediaciones humanas. ¿Por qué Dios ha elegido a tal o cual persona? Esta pregunta no tiene una respuesta convincente. ha de ser cambiada por esta otra: ¿Qué busca el Señor con este pastor? Este punto es preciso subrayarlo. Cuando se pierde de vista la perspectiva sacramental de la autoridad, empieza el despotismo de los líderes y la revuelta del grupo, al olvidar que es Dios quien conduce sus ovejas, su comunidad.

Pero la sacramentalidad personal reclama una auténtica colaboración existencial. Quien ha sido elegido está llamado a hacerse un auténtico "imitador del Buen Pastor", quien no ha venido para ser servido, sino para servir y dar la vida por la muchedumbre. En la contemplación del Buen Pastor, la autoridad encontrará la fuente viva para desarrollar adecuadamente su sacramentalidad proveniente de Dios.

Es este sentido la autoridad ha de recibirse como un "don y servicio" en favor de los hermanos, y ha de vivirse en un seguimiento del Buen Pastor.

3. LA ESPIRITUALIDAD DE LA AUTORIDAD

En nuestra formación se insistió mucho en la espiritualidad de la obediencia y de la sumisión. Luego hubo como una reacción en contra. Pocas veces se ha hablado con profundidad de la espiritualidad de la autoridad.

El primer rasgo de una autoridad sacramental es el de vivir en comunión y obediencia con el Único Pastor. La autoridad tiene su fundamento en Otro y, consiguientemente, en la obediencia a Aquel en cuyo nombre está llamada a conducir su comunidad.

La autoridad, tanto en su servicio como cuando decide, está llamada a desaparecer, a fin de que los hombres puedan decidirse ante Dios. La autoridad que hiciera de las cosas un asunto personal, estaría corriendo el riesgo de olvidar su vocación sacramental, reenviar a Dios. La mediación de la comunidad está bien ejercida en la medida que los hombres están remitidos a Dios y a su verdad.

La autoridad ha de estudiar constantemente cómo Dios forma, educa y conduce a su pueblo. Ha de seguirlo en su amor gratuito, en su solidaridad amorosa por cada una de las personas.

La defensa de las ovejas flacas (Cf. Ez. 34), de las débiles en la fe (Cf. 1 Cor. 8, 1-13), la búsqueda de la oveja perdida (Cf. Lc. 15) ... etc. han de estar determinando el ejercicio de la misión recibida. El "pastor" de un pueblo hace posible que los pobres encuentren un lugar de preferencia. La preocupación por todos y por todo, no excluye la preferencia por el más débil. Así la autoridad presta un gran servicio de liberación en la verdad, tanto a los fuertes como a los débiles en el seno de la comunidad.

La pobreza y la humildad, para hacer posible la participación activa y responsable de todos, son de una importancia capital. Esto supone que la autoridad confía plenamente en todos. Su preocupación queda desplazada de la eficacia a la comunión y al camino de una progresión gozosa del conjunto.

La vigilancia para señalar caminos por donde viene Dios, para defender al pueblo confiado de los ataques del maligno, para dar de comer buen pan y en el momento oportuno, para corregir con amor... es una actitud permanente de quien asume con seriedad el pueblo que le ha sido confiado.

También tiene que aprender el combate del Buen Pastor para dar testimonio de la verdad liberadora y conducir a la verdad que nos hará libres. Todo esto supone que no conduzcamos a los hombres por los caminos fáciles, que aceptemos el conflicto inevitable de la verdad.

4. POSIBLES ENFERMEDADES DE LA AUTORIDAD

a) EL AUTORITARISMO. La autoridad aquí en lugar de ser una expresión del amor gratuito de Dios, tiende a poner a las personas al servicio de una causa, y, lo que sería peor, al servicio de la misma autoridad. Esta pierde su carácter de mediación y de servicio, situándose como un fin. Este autoritarismo nace y se expresa a través de diferentes deformaciones.

EL DESEO DE PODER. La autoridad quiere como dominar sobre las personas, de tal manera que estas quedan convertidas como en piezas de una máquina. En nombre de la eficacia se puede olvidar el valor de la misma persona.

EL MIEDO A LA CONFRONTACION. Con mucha frecuencia, el autoritarismo es la expresión de la inseguridad y del miedo a la confrontación. Ante el miedo al diálogo, a la confrontación en la búsqueda de la verdad, la autoridad se refugia detrás de mecanismos autoritarios. En nombre de la eficacia lo que hace es ocultar su propia fragilidad. Teme buscar la verdad y lo que esta pueda desencadenar.

Sin embargo, esto no niega la necesidad de llegar a la toma de decisiones dentro de tiempo prudencial. Muchos invocan el diálogo como el alibí que les permite no tomar decisiones o impedir que otros las tomen. Aquí se trata siempre de lucidez.

LA EXALTACION PERSONAL. Con excesiva frecuencia la autoridad sucumbe a la tentación de la exaltación de su persona. Quiere estar como omnipresente. Busca que todos la consulten y busquen, se molesta ante las iniciativas que no parten de ella. Busca el aplauso y la valoración de los súbditos.

EL MATERIALISMO. La autoridad, en este caso, busca guiar la comunidad a través del sentimiento, de la afectividad. El materialismo impide

crecer en la verdad y en la adultez. Se crea como una dependencia. No se quiere entristecer a la madre. Hay que contar con ella para todo. El "materialismo" provoca favoritismo, dependencia y aniñamiento. Las comunidades carecerán de la energía auténtica proveniente de la verdad liberadora.

b) LA DIMISION. A la tentación de una intervención excesiva de la autoridad, se contrapone la de la "Dimisión". La autoridad deja de hacer y no interviene cuando debiera hacerlo.

POR DEPENDENCIA DE OTRO O POR INCAPACIDAD A MANDAR. La autoridad necesita ser profundamente libre con relación a todos, de otra manera tenderá a mirar a los que pueden reaccionar. Sucede también, que, en ocasiones la autoridad no tenga las cualidades requeridas para mandar.

COMPAÑERISMO. La autoridad está tentada siempre o por el aislamiento o por lanzarse en manos de algunos compañeros. Hay que aprender a ser hermano entre los hermanos, sin dejar por ello de ejercer la misión que le ha sido confiada.

TÁCTICA. En otras ocasiones, la autoridad en lugar de vivir en la verdad, busca conducir la comunidad de manera táctica. Esto no propicia un auténtico crecimiento de las personas libres.

EL DESEO DE AGRADAR Y EL MIEDO A LA CONTRADICCIÓN. En todas las personas existe el deseo de agradar y de ser reconocido. Esta tentación es muy fuerte cuando se tiene autoridad. Es preciso que se sepa asumir el riesgo de la impopularidad. Pero todo ha de vivirse en la verdad y en orden a edificar la comunidad en verdad.

II. LA MISIÓN DE LA AUTORIDAD

La misión de la autoridad no puede reducirse a una simple coordinación o animación, aunque las incluya. Contemplando la misión de la autoridad a la luz de las Escrituras y de la persona del Buen Pastor, dos palabras parecen convenir para definir su misión: "ENTRAR Y SALIR". En el libro de los Números encontramos esta oración de Moisés: ¡Que Yahvéh, Dios de los espíritus de toda carne, ponga un hombre al frente de esta comunidad, uno que salga y entre delante de ellos y que los haga salir y entrar, para que no quede la comunidad de Yahvéh como un rebaño sin pastor" (Num. 27, 15-17). Jesús nos ha dicho. "Yo soy la puerta: si uno entra por mi, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto" (Jn. 10,9).

Ahora vamos a estudiar cómo hay que dar este dinamismo a una comunidad, llamada a entrar y salir.

1. ENTRAR

No se puede "entrar" más que saliendo. Esta aparente "perogrullada" quiere decir que uno debe abandonar "su propia casa" para "entrar" en algo diferente. El "Entrar" no puede hacerse, sin un "descentrarse" de uno mismo.

Por ello la superiora ha de ayudar a una comunidad a descentrarse continuamente. Esta tarea no es fácil, pues toda comunidad humana tiende a instalarse, a refugiarse en su propia intimidad, sin decidirse a abordar la vida.

a) ENTRAR EN EL MISTERIO DE CRISTO. El Espíritu nos ha sido enviado para conducirnos a la verdad plena. Y la plenitud de la verdad es el designio del Padre tal como se ha revelado y realizado en el Verbo encarnado.

De este designio testimonian las Escrituras. Y como comunidades de la Palabra, la "lectio divina comunitaria" en sus diversas formas ha de ocupar un lugar de preferencia. "El Santo sínodo recomienda insistentemente a todos los fieles, especialmente a los religiosos, la lectura asidua de la Escritura para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo (Fil 3,8), "pues desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo" (D.V. 25).

Esta lectura es escucha de Dios en su Palabra. Nos hace entrar en el seguimiento progresivo del único Señor. Leer la Palabra es hacernos entrar en una actitud permanente de discípulo del Misterio de Cristo. Y esta escucha funda toda la existencia del consagrado.

La "Priora" de una comunidad está llamada a garantizar que la comunidad sea un espacio de escucha de la Palabra, a fin permitir a los hermanos que entren en el Misterio de Cristo.

Junto a la lectio divina se encuentra la celebración eucarística. En ella "entramos en comunión" con el Misterio Pascual de Cristo. Y esta "comunión" nos hará entrar en comunión con todos aquellos que han sido asumidos por Cristo y que participan de alguna manera de su Pascua. En la eucaristía de todos los días estamos llamados a vivir el dinamismo Pascual.

b) ENTRAR EN LA TRADICIÓN DE FORMA CREATIVA

La vida comunitaria es siempre vida en "Tradición". Y ésta tiene siempre un doble momento: recibir y dar o transmitir. Toda comunidad está llamada a recibir con alegría y respeto el pasado. Esta recepción no puede ser superficial. Requiere humildad y sencillez.

La comunidad está también comunicada a transmitir a las generaciones siguientes la herencia recibida. Y esto supone hacerlo con creatividad y generosidad. El servicio de la Tradición no está solamente en mirar el pasado, sino también en proyectarse hacia el futuro.

La misión de quien preside la comunidad se realiza en la medida que hace entrar en comunión con las generaciones pasadas y las venideras. Garantiza la continuidad y la creatividad.

Pero el garante de la "Tradicición" no puede confundirse con el repetidor, el tradicionalista. Tampoco los soñadores de un mañana sin pasado son buenos servidores de la "Tradicición".

Para ser hombre que introduce en la tradición auténtica es preciso conocer el "pasado", el Espíritu que animaba el pasado, tal como El nos quiere proyectar en el futuro. Un hombre o mujer de la Tradición lo es cuanto permanece fiel al dinamismo del único Espíritu.

c) EN LA ESCUCHA DE DIOS A TRAVÉS DE LA EXPERIENCIA DE LOS HOMBRES Y DE LOS ACONTECIMIENTOS DE LA HISTORIA

A través de la Tradición entramos en una auténtica comunión eclesial, tal como fue vivida de manera creativa por los fundadores. Es también preciso permanecer fieles al Espíritu a través de la escucha de la vida de los hombres y de los acontecimientos de la historia.

No me refiero aquí a los comentarios, cotilleos o informaciones. Es urgente que nuestras comunidades aprendan a escuchar a Dios para llegar a ser sus colaboradores en la vida del advenimiento del Reino. Esto supone una escucha de calidad y vivirla en una actitud permanente de discernimiento.

La responsable de la comunidad ha de abrir espacios para que la comunidad se ejercite en la escucha de Dios en la vida de los hombres y en los acontecimientos históricos. Y esto es muy diferente al capítulo de faltas o a una evaluación de la vida comunitaria.

Para que se pueda "entrar" en la escucha es preciso crear espacios de gratuidad y de contemplación. No se trata de ir con el afán de sacar consecuencias, sino de escuchar a Dios y de convertirnos personal y comunitariamente a ese Dios que sigue hablando siempre como lo hiciera desde la zarza ardiente en el desierto, pero también en la montaña, en el llano y en los diferentes acontecimientos de la historia de Israel.

2. SALIR

a) AL ENCUENTRO DE LOS HOMBRES. La comunidad ha de salir de sí misma para ir con Cristo al encuentro de los hermanos, de los últimos. El

movimiento de la Encarnación, es decir, el movimiento del amor de Dios anima a la comunidad eclesial para salir pobre y humilde al encuentro de todos aquellos que están lejos.

Alertar este dinamismo de la Encarnación en una comunidad, es lo propio de su responsable. No se trata de facilitar la dispersión y agitación de sus miembros, pero sí el caminar en el amor verdadero y auténtico.

Para alentar este dinamismo "hacia fuera" ayuda conocer las necesidades de los hombres, de la totalidad del hombre.

En esta perspectiva, conviene impulsar hacia caminos más evangélicos, caminos de servicio, pobreza y humildad. Estos caminos entrañan siempre renunciar a un cierto confort, para avanzar decididamente por el camino de la cruz. No podemos pensar en ningún momento que el Señor nos ha llamado para una vida confortable. Si lo hemos sido para seguir a su Hijo. Este no ha tenido otro camino que el del pesebre y de la cruz.

b) CON CRISTO HACIA EL PADRE. El Verbo encarnado ha venido al encuentro de los hombres. Pero no vino para implantarse en el mundo. El vino para iniciar con la humanidad reconciliada un camino inédito de retorno hacia el Padre.

La comunidad eclesial es, a un tiempo, una comunidad nacida de la Pascua del Verbo encarnado y, por lo mismo, propulsada hacia la plena realización escatológica con su Cabeza y como su Cabeza está llamada a pasar de este mundo al Padre, juntamente con la humanidad reconciliada.

Animar y dirigir una comunidad eclesial tiene, pues, una doble exigencia. Salir al encuentro de los hombres y con ellos al encuentro del Padre, tal como lo realizase el Verbo encarnado en su misión histórica. Mantener este dinamismo no siempre es fácil. De ahí la necesidad de que una palabra se alimente incesantemente de la Palabra, de la Eucaristía y de la escucha de la vida de los pobres.

Es evidente que este dinamismo se hace inviable, ahí donde no existen unas auténticas relaciones personales en las comunidades. Para mantener este movimiento las personas han de estar centradas en Cristo y reconocer a los otros como un verdadero don de Dios, que me permite andar el camino. Cuando nos sentimos juzgados o las personas se viven como rivales, entonces resulta imposible avanzar por el camino de un discernimiento comunitario.

III. LAS EXIGENCIAS DEL EJERCICIO DE LA AUTORIDAD

Abordamos a continuación una serie de actitudes que han de ser vividas para un ejercicio correcto de la autoridad

1. ACTITUD DE COMUNIÓN Y OBEDIENCIA

Comunión y obediencia al Espíritu de Dios, tal como se manifiesta a través de la vida de la Congregación, de las personas de la comunidad. Esto implica una gran apertura de corazón y una profunda actitud de fe. El Espíritu está animando la vida de todos y cada uno. Hay que estar atentos para ayudar a cada uno a responder de forma adecuada, sabiendo que toda persona puede oponer resistencia al Espíritu.

También es preciso estar muy disponible al Espíritu que interviene a través de los acontecimientos. Quien está pasionado por caminar en la verdad no cesa de escuchar y acoger los diferentes acontecimientos, sabiendo discernir en ellos la voz del Señor.

2. HACER POSIBLE EL AVANCE COMÚN DE LA COMUNIDAD

La responsable de una comunidad tiene como tarea primordial favorecer la comunión de personas en la diversidad. Esto implica que trabaja para que los miembros de la comunidad sepan "estar juntos" de manera gratuita. Es el reconocimiento del otro como un hermano irrepetible. ¡Qué bueno es estar los hermanos unidos!.

Ayudará a que tengan un mismo sentir. Para ello será indispensable ayudarles a "pensar juntos". Es de gran importancia que los miembros de una comunidad puedan decirse cuáles son sus convicciones más profundas. Una comunidad ha de vivir unida en lo esencial y reconocer la diversidad legítima.

Por último la comunión exige también "trabajar juntos". La comunidad es como la depositaria de la misión. Todos sus miembros han de sentirse responsables de los demás, al tiempo que llevados por los demás. La responsable de una comunidad tiene como tarea el que toda la comunidad trabaje unida en la misma misión. Y esto, aunque las actividades de sus miembros puedan ser muy variadas. De ahí la importancia de abrir espacios para la comunicación de cómo vive cada miembro la misión del conjunto.

3. UNA ACTITUD PERMANENTE DE VIGILANCIA

El que está al frente de una comunidad, como lo recuerda el Señor, ha de tener una actitud de vigilancia (Cf. Lc. 12,41-48). Ha de estar atento a los "consiervos" que le han sido confiados, a fin de darles en cada momento el alimento que necesitan. Nunca puede abusar de ellos, pues Dios se los ha confiado, para que trabajen en su casa.

Esta vigilancia implica una atención especial por cada persona y sus necesidades. No digo sus caprichos, sino aquellas necesidades para avanzar de acuerdo con su vocación. Pablo nos recuerda su preocupación materna y fraterna, ambas a la vez, por sus comunidades y cada uno de sus miembros (Cf. 1 Tes. 2).

En la oración de todos los días, es preciso estar atentos a los caminos por los que llega el Señor. El Señor está viniendo, visitando la comunidad y sus miembros. Como un "vigilante" el responsable está llamado a señalar su presencia, a permitir de una manera adecuada que se reconozcan juntos (Cf. Is. 40).

La vigilancia entraña también, como en el caso del Buen Pastor (Cf. Jn 10), que se hace frente a los lobos, que amenazan el rebaño del Señor. Nuevos ídolos pueden introducirse en la comunidad de Dios, como nos lo recuerda la historia del pueblo de Dios. Se pueden introducir falsos profetas, falsos apóstoles, con la pretensión de conducir las comunidades por caminos torcidos. En este sentido San Ireneo nos da un buen criterio de discernimiento: "Se trata de celebrar la Eucaristía como pensamos y pensar de acuerdo con la Eucaristía que celebramos". En última instancia quedamos reenviados al misterio pascual como criterio último de discernimiento.

Todo esto supone que quien ha sido puesto al frente de una comunidad vela y ora permanentemente por ella con el Señor. También en su oración se le exige vivir un descentramiento radical.

4. LA EDIFICACIÓN DEL TODO COMO CRITERIO DE DISCERNIMIENTO

Quien está al frente de una comunidad ha recibido la misión, de hacer posible que todos los dones y carismas contribuyan a la edificación del todo. En este sentido hay que valorar, como proveniente de Dios, la legítima diversidad. En el seno de la comunidad y de la congregación, el Espíritu nos hace vivir una comunión en la diversidad.

Es inevitable que esta "complementariedad" pueda suscitar tensiones y conflictos. En esas circunstancias conviene buscar la verdad en el amor. El

responsable no debe limitarse a cerrar lo antes posible la tensión. Velará para que no se degrade, pero permitirá que todos avancen en la búsqueda de la verdad. También a través de las tensiones el Señor quiere educarnos y revelarnos su designio de salvación.

5. MAS ALLÁ DEL MATERIALISMO

Jesús decía a los suyos que les convenía su partida, pues así les enviaría el Espíritu Santo (Cf. Jn.16). En la oración (Jn. 17) confía sus discípulos al Padre que se los había dado. La educación de los discípulos no es su obra, sino también la del Padre y del Espíritu, este es quien los conducirá hacia la verdad plena, como el Padre es quien los ha conducido hasta él.

San Pablo, al despedirse de los presbíteros de Efeso los encomienda a la Palabra que tiene poder para edificarlos: "Ahora os encomiendo a Dios y a la Palabra de su gracia, que tiene poder para construir el edificio y daros la herencia con todos los santificados" (Hech. 20,22).

La superación de una actitud materialista o proteccionista, lleva consigo la confianza radical en Dios, que no abandona a los suyos, y también en la libertad de la persona. La actitud materialista o proteccionista, lleva consigo la confianza radical en Dios, que no abandona a los suyos, y también en la libertad de las personas. la actitud materialista encierra en la inseguridad, que fluye y se proyecta a partir de ella. La responsable de una comunidad en la fe está llamada a renovarse siempre en la Palabra y en la confianza en las personas.